



Excelentísimo Señor
Jorge Alberto Ossa Soto,
Obispo de la Diócesis de
Santa Rosa de Osos
(Antioquia)

HOMILIA DE MONSEÑOR JORGE ALBERTO OSSA SOTO, EN LA CELEBRACIÓN DEL CENTENARIO DE PRESENCIA DEL SEMINARIO SANTO TOMÁS DE AQUINO EN SANTA ROSA DE OSOS, 19 DE AGOSTO DE 2015

Excelentísimos Señores Obispos, queridos sacerdotes y seminaristas, amadísimos fieles.

Nos congregamos ante el altar del Señor esta mañana para darle gracias, al arribar al primer centenario de nuestro Seminario Diocesano Santo Tomás de Aquino.

Hace cien años nuestro predecesor Monseñor Maximiliano Crespo Rivera, ponía las bases de esta Iglesia particular al instalar en tierras santarrosanas la casa de formación, el semillero sacerdotal de la ya gestante diócesis. Si el corazón de la diócesis es el Seminario, este corazón ha empezado a latir, antes de configurar su cuerpo jurídico, como preludio de bendiciones y de una fuerza vital presente en nuestra Iglesia. Hoy agradecemos al Señor nuestro Seminario y los frutos producidos durante estos 100 años. El Señor se ha fijado en nosotros durante todo este tiempo con un gran amor, diríamos con amor de predilección. Cuántas gracias y bendiciones han brotado de esta casa de formación para nuestra Iglesia, por eso estamos alegres y proclamamos que su misericordia es eterna. A cuántos ha elegido el Señor para ungirlos y consagrarlos a su servicio y cuántos más han pasado por esta casa. Ahora pensemos en algunas características de la elección de Dios.

1. Dios es quien escoge.

En el libro primero de Samuel se nos dice que Dios envía al profeta para que unja a quien Él ha ele-

gido. “Yo te mostraré a quien he escogido”. El evangelista San Juan nos dice: “No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero” (San Juan 15,16.)

Él es quien escoge, por puro amor y beneplácito. Además nos escoge para dar fruto y abundante. Unido a esa elección de amor, está el condicionamiento: para dar fruto, para la misión. Es importante tenerlo presente no sólo en el Seminario, sino en toda nuestra vida ministerial: Es el Señor quien nos ha elegido. Si, es Él quien nos escoge, es por consiguiente para realizar su obra. No son nuestros intereses, no mis intereses, sino los de Cristo, los que deben primar: Dar fruto abundante, en San Juan, significa, hacer las obras del Padre, que conozcan al Padre y a su enviado Jesucristo. Dar fruto es hacer conocer a Jesucristo, hacer conocer el amor del Padre. Por supuesto, experimentar ese amor, primero nosotros mismos, para poder darlo a conocer.

En este pasaje de la elección y unción de David nos dice la Palabra de Dios que cuando David fue ungido, se llenó del Espíritu de Dios, el Espíritu de Dios estaba con él. Es una expresión muy bella, el cristiano es el que está lleno del Espíritu de Dios, del Espíritu Santo.

El ungido, está lleno de ese espíritu. Solemos decir: tiene unción, tiene gracia, perdió la gracia. Como elegidos por Jesucristo,



como ungidos por Él, estamos llamados a hacer presente su Gracia, a reflejar su imagen.

2. Seguro, está ante mis ojos el escogido del Señor.

“Los hombres miran las apariencias, Dios ve el corazón”. No nuestros méritos ni apariencias. No es nuestra capacidad ni dotación la que importa. Dios ve el corazón y Él juzga ese corazón. Igualmente ese corazón limpio, es quien puede ver a Dios.

Samuel quería el más fuerte, Dios escogió un muchacho. Con qué claridad nos indica la Palabra de Dios que la fuerza no proviene de nosotros, es su amor, su bondad, su gracia. Del Señor hemos recibido ese poder, esa gracia. Permanecemos en ese poder y gracia, cuando predicamos a Cristo y buscamos sus intereses. San Pablo lo expresa con toda claridad:



“no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor; nosotros no somos más que servidores de ustedes por causa de Jesús...”

Pero tenemos este tesoro en vasijas de barro para que se vea que tan sublime poder viene de Dios y no de nosotros”. (2 Cor 4, 5-7.) Si en el Señor es en quien reside la fuerza y la gracia, en nosotros no cabe el desánimo ni la fatiga. El miedo, el temor es signo de que no nos dejamos guiar por el Espíritu Santo; y cuando éste aparece, indica más bien, que son nuestras fuerzas y capacidades las que importan. Por supuesto que el Señor cuenta con nosotros y lo que somos y el libre concurso de nuestra entrega; más Él, es mi roca, mi fuerza, mi salvación. (Sal 18,1.)

Cabe recordar que la fatiga, el desgaste, la entrega son re-

compensados con un premio imperecedero: “Por tanto, no nos desanimamos. Al contrario, aunque por fuera nos vamos desgastando, por dentro nos vamos renovando día tras día. Pues los sufrimientos ligeros y efímeros que ahora padecemos producen una gloria eterna que vale muchísimo más que todo sufrimiento”. (2 Cor 4, 15-17.)

3. En el nombre del Señor.

Los pescadores en la barca de Simón Pedro, es decir en la Iglesia, aunque cansados de la faena de pescar, sin coger nada, lanzan la red en el nombre del Señor. “En tu nombre Señor”. ¡Qué fácil tarea, cuando es en el nombre de Jesucristo!, Él hace el milagro. El Señor transforma la realidad, aumenta el pan, la pesca es abundante, milagrosa. El pan es su cuerpo, el vino su sangre. En el nombre del Señor, todo entra en dimensiones nuevas y es llenado de la presencia

del Señor resucitado. Pero, ¡qué fácil también todo se diluye y esfuma en nuestras manos, cuando es en nuestro nombre! Cuando aparece nuestro poder, la estrategia, la técnica, nuestra organización y ponemos al lado, como una mera ayuda la gracia del Señor. Sin la acción del Espíritu, sin su fuerza dinamizadora, no es posible el anuncio de Jesucristo. Por tu Palabra y en tu Nombre mi Señor Jesús, echaré la red.

Te agradecemos Señor estos cien años, a tantos que has amado, llamando y ungido para esta porción de tu pueblo Santo. Sigue llamando Señor, hoy más que nunca te necesitamos a nuestro lado, que no nos separemos de Ti. Tú eres nuestra fuerza y el consumidor de nuestra esperanza y por tu Palabra, echaremos nuevamente las redes.